

DAMASCO Y GRANADA

Los escritores musulmanes de la Edad Media afirman repetidamente la semejanza de Damasco y Granada. Tal vez el origen de este tópico literario resida en el hecho, referido por Ibn Ḥayyān y otros cronistas árabes, de haberse establecido en la comarca o distrito de Elvira, hacia el año 743, los soldados del *ḡund*

de Damasco, procedentes de Ceuta, que Abū-l-Jaṭṭār quería, como a los restantes sirios, alejar de Córdoba ¹.

Dice Rāzī († 344 = 955), en la vieja e indirecta traducción castellana de su obra llegada a nosotros, que «Cazalla [es decir, Castilla, identificada por Gómez-Moreno con la ciudad cuyas ruinas se vienen llamando de Medina Elvira], que en el mundo non ha quien la semeje si non Damasco, que es tan buena como ella» ².

Más tarde, después de haber sido destruída Medina Elvira en los primeros años del siglo XI, se concreta exclusivamente a la ciudad de Granada la comparación con la capital siria ³. Al-Šaḡundī († 629 = 1231-32) e Ibn al-Jaṭīb († 776 = 1374) escriben que los musulmanes llamaban a Granada la Damasco de Occidente ⁴. Abū-l-Fidā' (1273-1331) insiste en la semejanza entre

¹ M. Gómez-Moreno M., *De Iliberi a Granada* (Boletín de la Real Academia de la Historia, t. XLVI, 1905, p. 50); Dozy, *Histoire des musulmans d'Espagne* (ed. Lévi-Provençal, Leyde 1932, I, pp. 168-169); Ibn 'Idārī, *Bayān* (ed. Dozy, p. 33 del texto y II, 48 de la trad. Fagnan); *Historia de la conquista de España de Albenalcotía el Cordobés* (p. 20 del texto y 15 de la trad. de don Julián Ribera, Madrid 1926). — Aún en tiempos de al-Ḥakam II, el año 360 = 971, el soberano tiene en Córdoba una gran audiencia en la que recibe a los *ḡund* de las provincias y, entre ellos, al de Damasco instalado en Elvira (*Bayān*, II, p. 260 del texto y 404 de la trad. Fagnan).

² *Memoria sobre la autenticidad de la Crónica denominada del moro Rasis*, por don Pascual de Gayangos (*Memorias de la Real Academia de la Historia*, t. VIII, Madrid 1852, p. 37). Mármol Carvajal (*Historia del rebelión y castigo de los moriscos del reino de Granada*, segunda impresión, t. I, Madrid 1797, p. 12) reproduce las palabras de Rāzī en la siguiente forma: «Aben Raxid dice, Iliberia, ciudad grande y rica ... Y en estos términos está el castillo de Gacela, que ninguno semeja tanto a la ciudad de Damasco en riqueza como él...»

³ Sin embargo, aún en el siglo XIII, Abū 'Abd Allāh Muḥammad el Damasquino (1256-1327) escribía, copiando sin duda un texto anterior, que «Elvira estaba situada en medio del Andaluz, y se la llamaba Damasco por la semejanza con muchos de sus ríos y plantas» (*Cosmographie*, publicada por Mehren, San Petersburgo, según cita de J. F. Riaño, *La Alhambra*, en la *Revista de España* t. XCVII, Madrid 1884, p. 13.)

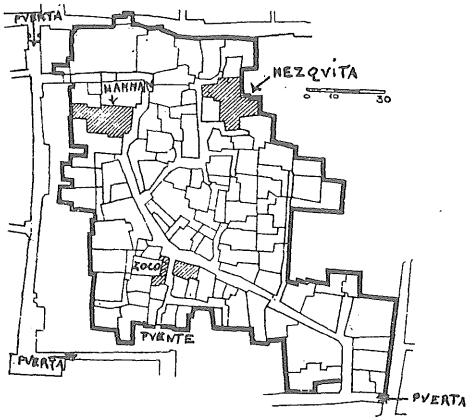
⁴ Al-Šaḡundī, *Elogio del Islam español*, traducción española por Emilio García Gómez (Madrid 1934), p. 108; Ibn al-Jaṭīb, *Resplandor de la luna llena*, manuscrito de la Real Biblioteca de El Escorial, según cita del P. Melchor M. Antuña, *El polígrafo granadino Abenaljaṭīb en la Real Biblioteca de El Escorial* (El Escorial 1926), p. 21.

ambas; pero manifiesta que la andaluza, por su situación dominante sobre la vega, aventaja a la siria, asentada en una llanura ¹. El autor del *Rawd al-mi'ṭār* pondera la fecundidad de la verde vega granadina, sólo comparable — afirma — con la celebrada Gūṭa damascena y la Šāriḥa del Fayyūm ². Finalmente, el egipcio al-ʿUmarī († 1349) extiende la semejanza a la ciudad de Fez ³.

Todos estos testimonios son probablemente un eco de las palabras de Rāzī o de otro autor más antiguo, aplicadas a Granada, después de la destrucción de Elvira, por quienes no conocían ambas ciudades.

Pero otro egipcio, para quien Damasco era, sin duda, familiar, ʿAbd al-Bāsit, después de visitar Granada en los días en que acaba el año 1465 y comienza el siguiente, insiste en dicho parecido ⁴.

Un excelente estudio de Sauvaget sobre la historia urbana de Damasco ⁵, permite analizar sus analogías, y también sus ra-



Damasco. — Plano de uno de sus barrios, según Sauvaget.

¹ *Géographie d'Aboulféda*, texte arabe publié... par M. Reinaud et le Bon M. G. de Slane (Paris 1840), pp. 186-187.

² E. Lévi-Provençal, *La péninsule ibérique au Moyen-Age d'après le Kitāb ar-Rawḍ al-mi'ṭār* (Leiden 1938), p. 30. Se acabó esta obra en el año 1461, pero debió de existir una versión desde algún tiempo antes.

³ Ibn Faḍl Allāh al-ʿUmarī, *Masālik el-abšār fī mamālik el-amšār*, I, *L'Afrique moins l'Égypte*, trad. de Gaudefroy-Demombynes (Paris, 1927), p. 160.

⁴ G. Levi Della Vida, *Il regno di Granatā nel 1465-66 nei ricordi di un viaggiatore egiziano* (AL-ANDALUS, I, 1933), p. 321.

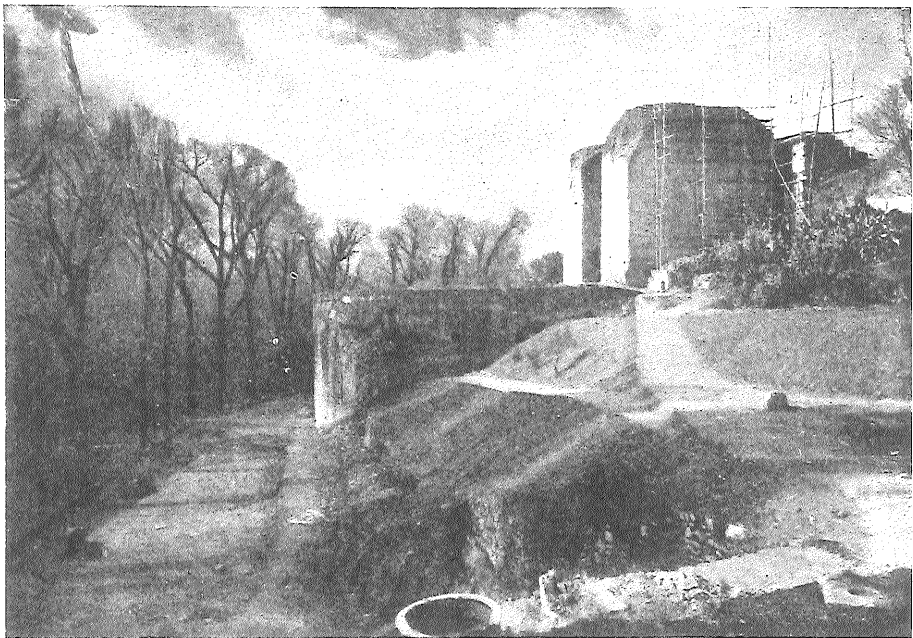
⁵ *Esquisse d'une histoire de la ville de Damas*, par Jean Sauvaget (*Revue des Études Islamiques*, 1934, Paris), pp. 421-480. El texto reproduce tres conferen-

dicales diferencias con Granada, tan reiteradamente señaladas por los escritores musulmanes medievales. Pero el trabajo de Sauvaget es, además, fundamental para el estudio del escenario de la civilización hispanomusulmana, es decir, de sus ciudades, ya que los caracteres de las sirias debieron de transmitirse a las de España y del Magrib. Fué en Siria y no en Egipto o en el Irāq, países éstos esencialmente rurales, donde primeramente los árabes conocieron y habitaron las ciudades romanas, magníficamente urbanizadas.

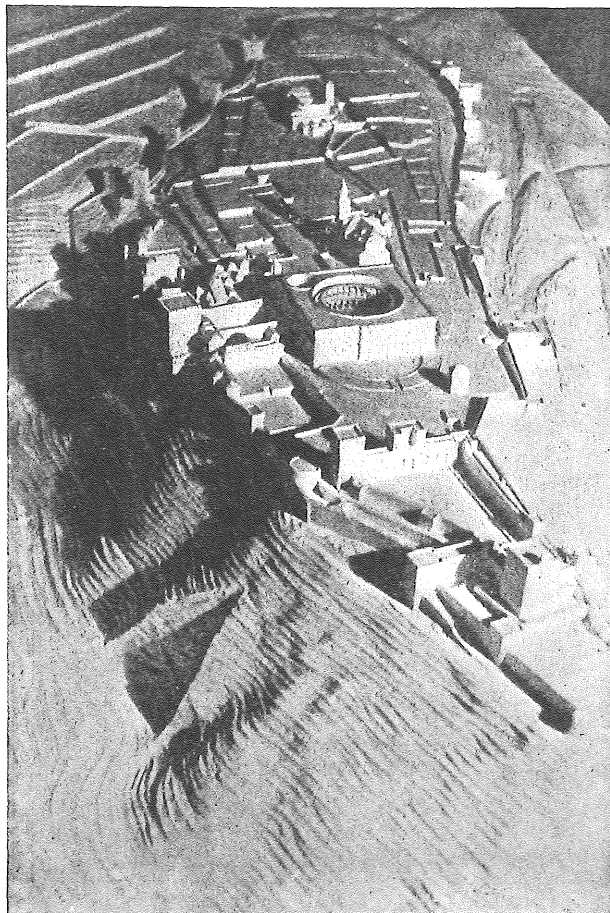
Después de describir el emplazamiento de Damasco, Sauvaget analiza las sucesivas agrupaciones que se fueron superponiendo en su solar: ciudades primitiva, grecorromana, omeya, medieval y moderna.

Damasco está situada a la misma altitud — 690 metros — que Granada; ambas al pie de una montaña: en la falda oriental del Líbano la primera, en la meridional de Sierra Nevada la andaluza. Cien kilómetros separan a Damasco del mar y poco menos es la distancia desde él a Granada; pero entre cada una de ellas y el Mediterráneo se interponen, dificultando sus comunicaciones marítimas, las cordilleras del Líbano y del Antilíbano, y de la Sierra Nevada y de la Contraviesa, respectivamente. La razón fundamental de existencia de las dos ciudades es la fertilidad de su suelo — oasis de 20 kilómetros de longitud en Damasco, vega granadina de algo más de 40 —, fecundizado en ambas por el agua abundante, derivada de sus ríos y distribuída en numerosas acequias por obra de la industria humana. Aparte razones políticas, siempre transitorias, el acrecentamiento de ambas se debe generalmente al aumento de la superficie regable por la utilización de nuevos canales. Así ocurrió en Damasco con el construído por el hijo de Mu^cāwiya, y así debió de ocurrir en Granada cuando el primero de los nazaries hizo la acequia que se sigue llamando Real, y que permitió se poblasen la Alhambra y varios barrios próximos que aún disfrutaban de sus beneficios.

cias dadas por el autor en la Universidad de París en mayo de 1935, bajo el patronato de los Institutos de Estudios Islámicos y de Arte y Arqueología de esa Universidad.



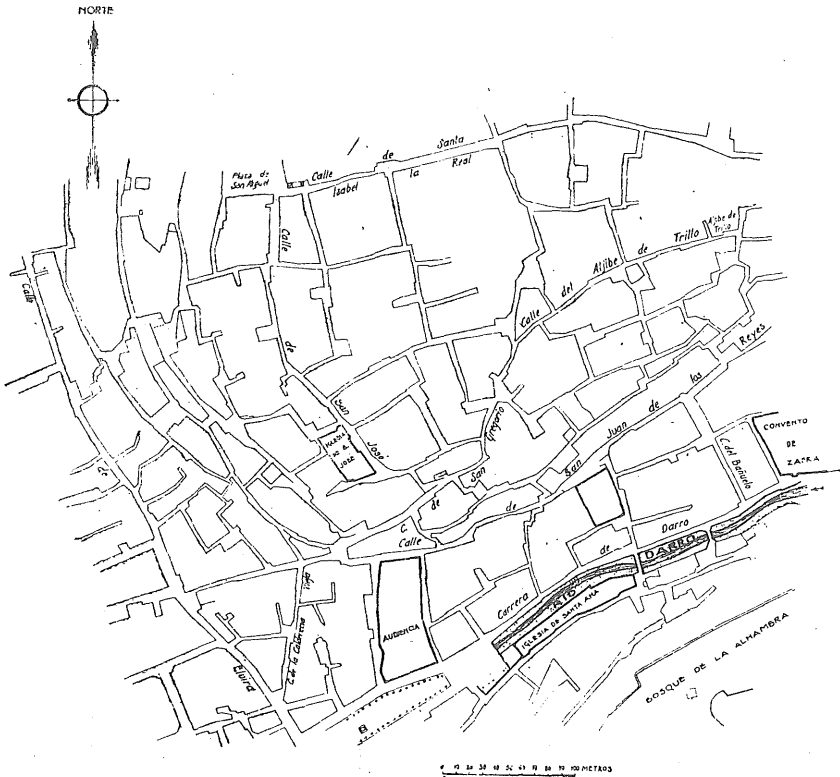
Granada. Albambra. — Puerta de Siete Suelos, desde el E., después del derribo del Hotel Washington Irving. (Siglo XIV.)



Modelo de la Alhambra de Granada.

Arquitecto: Francisco Prieto Moreno.

Esas aguas, diestramente encauzadas, sirvieron para el desarrollo de los mismos productos agrícolas, de cultivo mediterráneo, en Damasco y en Granada: el trigo, el olivó, la vid, el granado, y de árboles que, abundantes en climas más húmedos y



Granada. — Plano de los barrios de los Axares y de la Cauracha.

septentrionales, crecen excepcionalmente en los de esas dos ciudades por la abundancia de sus aguas.

Debe destacarse también en este rápido paralelo la falta de piedra que obligó a emplear en la Edad Media en Granada y en Damasco idénticos materiales de construcción: la arcilla, en forma de tapia, de adobes o de ladrillos, y los troncos de álamos de los valles respectivos, dando lugar a construcciones frágiles y

de pobre aspecto, oculto éste a veces por un revestido con apariencia de riqueza, pero de no mayor permanencia.

Un núcleo urbano helenístico se crea en Damasco algo antes del comienzo de nuestra era, al lado del indígena, lo que da lugar a una doble ciudad. De las nieblas que rodean la historia granadina en tiempos algo posteriores parece destacarse un hecho análogo: la existencia de una ciudad romana — Iliberis — sobre el cerro fronterero al de la Alhambra, al otro lado del Darro, y de otra, tal vez de origen indígena — Granata o Garnata — situada en la vertiente al Genil de la colina que señorea hoy el palacio nazarí. Mientras la formación y crecimiento de los núcleos indígenas serían espontáneos, una voluntad de urbanismo agrupaba la ciudad sirohelenística en torno del ágora, y la romana andaluza alrededor del foro. Ambas crecerían al abrigo de la paz y del orden social de los primeros siglos imperiales.

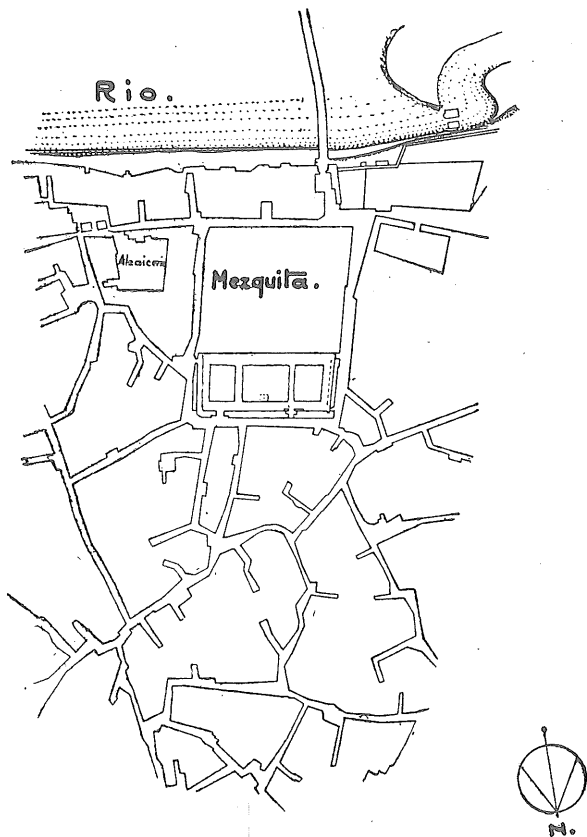
Damasco y Granada alcanzaron su importancia merced, más que a una situación geográfica privilegiada, a ser mercados de ricas regiones agrícolas y a su desarrollo industrial, favorecido en los siglos XIV y XV, en una y otra, por parecidas razones políticas.

La dominación de los mamelucos en Siria (1260-1516) y la preponderancia extraordinaria durante ella del elemento militar, produjo un desarrollo extraordinario de las actividades económicas, favorecidas por el fausto de que se rodearon los aventureros que asaltaban el poder. Para satisfacer el deseo de ostentación de estos monarcas advenedizos, su corte de Damasco hubo de convertirse en una gran ciudad industrial, especializada en los artículos de lujo, con lo que alcanzó entonces nueva prosperidad.

En Granada, capitalidad de la España musulmana durante dos siglos y medio (1238-1492), obligados sus reyes a pagar fuertes tributos a los monarcas cristianos, se desarrollaron asimismo extraordinariamente las industrias artísticas, con la exportación de cuyos productos abonábanse esos impuestos y se satisfacían las necesidades de una corte ostentosa.

En el detalle de los diversos aspectos de la distribución urbana no puede hablarse de semejanzas especiales entre Granada

y Damasco, sino de las que les eran comunes con todas las ciudades musulmanas de Oriente. De éstas se transmitieron a las oc-



Córdoba. — Los alrededores de la Mezquita en 1811, según el plano de Karvinki y Rillo.

cidentales, tal vez, en parte, como ya se dijo, a través de la misma Dasmasco.

El trazado urbano medieval de esta ciudad coincide con el que tuvieron Granada y las restantes islámicas de la Península. Subsiste aún en gran parte en aquélla, pero en las nuestras, tan repetidamente mutiladas por destrucciones y reformas insensatas,

hay que irlo rastreando en los escasos restos conservados y en viejos documentos y memorias.

Estudia Sauvaget — y es una de las partes más interesantes de su trabajo — cómo el trazado regular romano de la ciudad siria, con sus calles anchas y sus manzanas rectangulares, se fué transformando bajo el dominio musulmán hasta fragmentarse en una serie de barrios (*ḥāra*), cada uno de los cuales formaba un compartimento estanco en el que vivían sus vecinos en un relativo aislamiento. Eran como ciudades minúsculas, con su mezquita, su conducción de agua, su pequeño mercado o zoco (*sweyqa*), en el que se vendían los artículos más precisos. Cada barrio tenía su jefe responsable (*šayj*), su policía (el sereno, encargado de reconocer a los que durante la noche querían penetrar en su interior), y hasta sus fortificaciones (los muros ciegos de las casas y las puertas que cerraban las calles), y su pequeño ejército (*abḏāt*, milicia corporativa). Integraban, generalmente, la población de cada barrio gentes de una misma región o ciudad, de igual confesión religiosa, de una tribu, o de una familia. Era frecuente que los vecinos de un barrio sostuviesen luchas con los de los inmediatos.

Semejante distribución urbana respondía a una profunda transformación del sistema viario. En la ciudad romana, como en todas las de esta civilización, la circulación y el acceso a las viviendas tenía lugar por las mismas calles. En la Damasco medieval no existían más que unas cuantas arterias de libre tránsito, de las que arrancaban callejuelas (*darb ḥāra*) cerradas al anochecer por medio de puertas, y permanentemente en momentos de revuelta; estas callejuelas se ramificaban a su vez en atolladeros o callejones sin salida (*zqāq, dajlé*), cerrados de idéntica manera y a los cuales se abrían las viviendas. Para penetrar, pues, en éstas, había que franquear sucesivamente las puertas del barrio, del atolladero y de la propia casa, merced a lo cual las gentes disfrutaban de una relativa seguridad.

En este aparente desorden, en este conjunto caótico de callejones y barrios, se mantenía cierta unidad por medio de algunos órganos de enlace y atracción: la muralla del recinto general; la mezquita mayor, centro de toda la vida pública, y los

zocos o mercados, en torno a los cuales se desarrollaba la actividad comercial.

Un estudio, aún por iniciar, de la urbanización de las ciudades hispanomusulmanas, demostraría su identidad con la de la capital omeya. La descripción de la organización urbana de la Damasco medieval podría aplicarse a Toledo, a Córdoba, a Sevilla o a Granada, antes de que el Renacimiento alterase profundamente su estructura.

Pero si eran grandes las semejanzas, principalmente geográficas y urbanas, de Granada y Damasco, también había entre ellas, y en esos mismos aspectos, profundas diferencias. Dos deben destacarse singularmente: el relieve de su solar, ya señalado por Abū-l-Fidā' en el siglo XIV, y la manera de estar cubiertos sus edificios. La ciudad andaluza se extiende por un suelo quebrado, con grandes diferencias de nivel, mientras el recinto de Damasco es casi llano. Y en tanto las viviendas de ésta se cubren tradicionalmente con terrazas, las de Granada, en la Edad Media lo mismo que ahora, estaban protegidas por cubiertas inclinadas y tejas curvas de arcilla cocida, que aún llamamos árabes.

Analizadas las semejanzas y diferencias entre dos ciudades tan apartadas entre sí, ocurre preguntarse qué era lo que podía evocar, prescindiendo de la tópica sugestión literaria, el recuerdo de Damasco a los que, como 'Abd al-Bāsīṭ, conociendo esta ciudad, visitaban la andaluza. Sin duda era, aparte de las características generales urbanas comunes a todas las islámicas, la situación de Granada, destacándose sobre un fondo de altas montañas; la identidad de cultivos y vegetación; las rectas lanzas de sus álamos y chopos alineados dando guardia de honor a ríos y acequias; el suave y grato murmullo del agua en las cintas de plata de fuentes y canales; el aire, de maravillosa transparencia, lo mismo al pie del Líbano que de la Sierra Nevada. — T. B.